

Me pidió lumbre, le entendí porque llevaba en la mano un cigarrillo. Hacía años que no oía esa palabra para pedir fuego. Era muy alta, rubia de piel muy blanca. La gabardina atada a la cintura y su acento me recordó a una espía del Este, sacada de una novela de John Le Carré. Cuando saqué el



mechero, se llevó el pitillo a unos labios ajados, cubiertos de carmín rojo. Contuve la llama hasta que me quemé los dedos. Su cara triste y ojerosa me alarmó. Pensé si sería víctima de la trata de blancas. Más que lumbre, me pareció que esa cara de porcelana pedía un abrazo, un cobijo, besos de príncipe de cuento, palabras cálidas y sueños al amanecer detrás de una ventana que diera a un mar de certidumbre. Se marchó. Y no fui capaz de detenerla, de hablar con ella, de saber más de esa mujer que me dejó una sensación de pérdida, de ausencia infinita. Cuando llegué a la prueba del menú de boda, mi novia y los padres de ambos me advirtieron distante, raro. Ser raro se hizo costumbre en mí. Siempre estaba presente ella y lo que podía haber pasado de haber hecho caso a mi corazón.

Pasaron los años y nunca abracé a mi mujer tras una ventana que diera a un mar de sueños. Nunca, nunca llegue a ser feliz.